
JORNADAS DE LITERATURA ARGENTINA

Organizadas por la Escuela de Letras, tuvieron lugar las Primeras Jornadas de Literatura Argentina. El tema convocante, «Identidad Cultural y Memoria Histórica». De las numerosas conferencias, ponencias, foros de investigación y paneles, ofrecemos la siguiente muestra.

ESTEBAN ECHEVERRÍA
Y LA IDENTIDAD NACIONAL
POR
BEATRIZ CURIA

El título mismo de las jornadas que nos convocan — *Identidad Cultural y Memoria Histórica*— indica la persistencia en nuestro tiempo de la búsqueda de una imagen identitaria argentina, búsqueda que ha signado líneas diversas de pensamiento a lo largo del siglo XX y puede rastrearse con buenos resultados desde las primeras décadas del XIX.

Una línea predominante de la crítica contemporánea —en particular los denominados estudios «poscoloniales»— se

propone develar la «auténtica identidad» de los países colonizados, desplazando el enfoque desde el centro a la periferia. Lo europeo es sustituido por lo aborígen, la cultura académica por la cultura popular, lo institucionalizado por lo espontáneo. Hace más de un siglo y medio había ya pensadores que, como Esteban Echeverría en el Río de la Plata, quisieron «aplicar al discernimiento de nuestras necesidades morales y políticas la luz de la propia reflexión; al pro-

greso de nuestra cultura intelectual su labor propio; á la consolidación de un orden político permanente, los *elementos de nuestra existencia como pueblo ó nación distinta de las demas*» (5: 325, las cursivas son mías)¹. Lo hicieron con mayor o menor acierto según la presión contextual a que estuvieron sometidos o, para decirlo en términos de Lucien Goldman, según la *conciencia posible* de cada uno de ellos.

¿Buscaron esa imagen identitaria desde un pensamiento colonizado, con las características estructuras eurocéntricas, *modernas* y dominantes rechazada por el discurso crítico predominante en nuestros días? Es posible. A condición, claro está, de no olvidar que el actual pensamiento identitario descolonizador también se mueve con las estructuras propias de la lengua heredada, los paradigmas en ella implícitos y la tradición cultural de Occidente —que impregna tanto a la academia como a quienes infructuosamente tratan de sacudírsela

de encima. Y a condición de no olvidar tampoco que el discurso independiente construido en los márgenes es necesariamente *dominante* con respecto a la cultura de *sus propios márgenes*, si intenta representarla. Al menos, debe *traducir al propio discurso* el discurso que se construye en tales márgenes. Mucho se escribe y se habla sobre estos temas y a menudo los investigadores caen entre las redes que ellos mismos, sin quererlo, han tejido.

Por mi parte, percibo la identidad cultural argentina como ya existente y ya formada, en la medida, claro está, en que la cultura puede estarlo. La cultura es procesual y, si aceptamos que abarca la totalidad de las actividades creadoras del hombre (Isaacson), la permanente creatividad a ella inherente y el decurso temporal van produciendo transformaciones más o menos graduales que pueden convertirse en mutaciones cuando alguna fuerza extrínseca actúa con violencia. Es el caso de la

irrupción de la cultura española sobre la cultura indígena americana.

Sucesivas oleadas inmigratorias que con el correr del tiempo fueron imprimiendo su sello a la identidad argentina, juntamente con los múltiples factores convergentes en el proceso histórico. Distintas etnias, distintas tradiciones, lenguas y costumbres se amalgamaron para configurar lo que hoy somos. Nuestra identidad es compleja. La enorme extensión territorial, el emplazamiento de los puertos — el de Buenos Aires, por antonomasia —, la heterogénea ubicación de las etnias, su permeabilidad relativa a los influjos externos y al mestizaje, la desigual distribución de la riqueza, los feudos de caudillos de toda laya, la marginalidad, han dado origen a un mosaico variado que es difícil aprehender como unidad. Pero no por ello la identidad argentina no existe. Existe así, con la variedad que le es inherente. No pretendamos pensar su ser como homogéneo ni intente-

mos avasallar la diversidad en aras de una entelequia. El ser no se construye por decreto.

Tampoco caigamos en el facilismo de detener el *hacer* mientras pensamos el *ser*. No podemos negar que tenemos una identidad. No somos ya *un país joven*, como suele decirse para excusar algunas inmadureces colectivas. Veo a nuestra Argentina más como a uno de esos hombres y mujeres que, en la tercera década de su vida —o en la cuarta—, siguen considerándose muchachos, no abandonan el nido paterno porque es cómodo y se conforman con preguntarse qué harán cuando sean adultos.

La identidad se construye mientras se vive. Como afirmó sagazmente Echeverría: «Los pueblos [...] no deben esperar a ser grandes y viejos para ser pueblos, porque jamás les llegará su día y nunca saldrán de pañales» (5: 317).

Desde otro ángulo —y dado que hay en la sala una numerosa concurrencia de jóvenes estudiantes— conviene precisar que la identidad personal

no existe sin memoria. Este aserto puede conducirnos por caminos escarpados si nos remitimos a la consideración filosófica de la noción de *identidad* y las diversas concepciones surgidas a lo largo de los siglos, desde Aristóteles hasta nuestros contemporáneos, pasando por hitos tales como Hume, Kant o los idealistas alemanes. Parece preferible ceñirse a la más elemental experiencia cotidiana. Cuando decimos «yo» no nos referimos solamente a un organismo anatómico y fisiológicamente específico; sabemos que estamos constituidos, además, por todos y cada uno de nuestros actos, pensamientos, sentimientos y sensaciones, por todo lo experimentado a lo largo de nuestra vida. Esto sea dicho sin la mínima pretensión de determinar cuál sea el factor aglutinante de todos ellos. Sin pasado, sin una experiencia reconocible, no somos nosotros mismos sino pura potencialidad. Baste pensar en lo que sucede a quien padece de una amnesia total.

Algo semejante ocurre con la identidad de una nación. Sólo la memoria, el reconocimiento de un pasado en común, de tradiciones y experiencias compartidas que se proyectan sobre el presente y lo tornan inteligible, permite forjar el futuro, es decir, otro presente distinto del que es y de los que han sido.

Un breve examen de la literatura argentina anterior a 1830 permite advertir que los fundantes versos de Luis de Miranda, enraizados en la tierra rioplatense con sangre, fuego y traiciones (*Romance elegíaco*, ca. 1570), son ya americanos y argentinos por fuerza contextual, pero asumen formas propias del romancero español (Curia 1987). El arcediano Centenera, también impregnado por el influjo de la realidad americana, inscribe el mundo histórico mítico y maravilloso de su *Argentina* (1602) en vetustos moldes coloniales. Otro tanto cabe afirmar del primer poeta nacido en estas tierras —hasta que los investigadores no descu-

bran otro— del que se tenga memoria, el cordobés Luis Josef de Tejeda y Guzmán (1604-1680). Sentado a orillas del Suquía, desgrana los versos del romance sobre su vida, se mueve en la sociedad de la nueva Babilonia, enhebra las perlas de su rosario mariano, memora a la santa de Lima, pero siempre lo acompañan, además del hispano romance, su Góngora y un algo de Quevedo.

En la *Oda* de Lavardén (1801) Marcelino Menéndez y Pelayo reconoce «una tentativa de poesía descriptiva americana con toque de color local, agradable siempre, y novísimos en la escuela a que el autor pertenecía». Sin embargo —además de la alabanza a los reyes de España— el molde neoclásico y barroco, las alegóricas imágenes y el utilitarismo propio del pensamiento imperante revelan una inconfundible impronta hispánica.

También en moldes coloniales, hay en Esteban de Luca y en Vicente López y Planes,

impregnados de fisiocracia, exhortaciones a trabajar el suelo argentino y un virgilianismo de cuño clásico. Los hermanos Varela no se despojan todavía de los cepos provistos por la preceptiva española. Mientras Florencio fue un purista y defensor explícito de las formas clásicas, Juan Cruz, en la misma línea, traductor de los poetas latinos, proporciona a nuestra historia literaria un poema singular, «En el regreso de la expedición contra los indios bárbaros, mandada por el coronel don Federico Rauch» (251-257), que por su color local debe ser tenido en cuenta como importante antecedente de *La Cautiva*. «Capaz de sacudir como ciudadano el yugo político, [Varela] no era capaz de sacudir el yugo literario. No es que no lo pudiera, es que no lo sabía. Sólo a la generación siguiente le sería dado denunciar esta y más honda subordinación colonial», afirma Ricardo Rojas en su historia de la literatura argentina.

Si bien las consideraciones precedentes resultan válidas para la denominada «poesía culta» o «poesía letrada», la poesía popular, nutrida por los poemas anónimos transmitidos oralmente, era un vívido testimonio de nuestra tierra, de sus pobladores, de sus costumbres y había alcanzado formas consustanciadas con el decir del hombre rioplatense.

En este escenario aparece Esteban Echeverría, pensador y poeta, para formular una propuesta de construcción identitaria y contribuir a ella con su obra. La lectura de un fragmento de su ensayo «Clasicismo y Romanticismo» puede resultar un orientador punto de partida para un acercamiento a su visión de la identidad argentina:

El espíritu del siglo lleva hoy á todas las naciones á emanciparse, á gozar la Independencia, no solo política sino filosófica y literaria; á vincular su gloria no solo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y de consiguiente en la originalidad de sus artistas

[...]. Sin embargo debemos antes de poner manos á la obra, saber á qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquellas que sean más conformes á nuestra condición y estén á la altura de la ilustración del siglo y nos trillen *el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, el Romanticismo no es más que el Liberalismo en literatura* [...]. (5: 99-100, las cursivas son mías).

Este párrafo es una suerte de proclama y toda su obra se orienta a cumplir con el propósito aquí enunciado.

Echeverría marca un hito en el desarrollo de las ideas políticas, sociales y estéticas argentinas. Introdutor del Romanticismo en el Río de la Plata, trató de romper todo vínculo con las tradiciones del Antiguo Régimen, particularmente en las costumbres y en la legislación, para lograr una verdadera «sociabilidad americana». El paso de una a otra era el paso de la dependencia a la libertad, de los dogmas a la razón crítica, de la desigualdad de clases a los principios

de igualdad democrática (4: 158-164). Política, ciencia, religión, arte, industria, todo debía «encaminarse á la democracia, ofrecerle su apoyo, y cooperar activamente á robustecerla y cimentarla» (4: 170).

España había impuesto, junto con su dominio, la religión, la economía, las leyes, la lengua y su literatura. Toda la obra de Echeverría se encuentra teñida por su voluntad de crear una literatura propia y original, en una lengua castellana enriquecida por el uso americano, con temas provenientes de la realidad del país y con el fin de contribuir, trascendiendo lo estético, al trazado de un perfil argentino.

En su primera lectura en el *Salón Literario*, postula la imperiosa necesidad de constituir un *sistema filosófico* basado en la realidad argentina —no prestado por la lectura de autores europeos—, una *literatura original* que sea expresión de la vida social del país y una *doctrina política* «conforme con nuestras costumbres y condiciones que sir-

va de fundamento al Estado» (5: 329). En la undécima palabra simbólica del *Dogma Socialista* —«Emancipación del espíritu americano» (4: 165)— proclama: «Somos independientes, pero no libres».

Identidad política

Denuncia Echeverría en el *Dogma Socialista* que la Revolución de Mayo, fruto del espíritu moderno, se encuentra todavía obstaculizada por el Antiguo Régimen, por las costumbres y la legislación coloniales. Los dogmas deben reemplazarse por el ejercicio permanente de las facultades del hombre y los privilegios han de eliminarse para dar paso a la igualdad de todos los ciudadanos (4: 160-162).

El maestro de la generación del 37 propone en su primera lectura en el Salón Literario que, tomando como base «los tesoros intelectuales que nos brinda el mundo civilizado, por medio del tenaz y robusto ejercicio de nuestras facultades, estampemos en ellos *el sello indeleble de nuestra in-*

dividualidad nacional» (5: 335, las cursivas son mías).

Transcurridas ya casi tres décadas desde la Revolución de Mayo, denuncia Echeverría desde las páginas irónicas de «Historia de un matambre de toro», innegablemente argentinas, que todavía existen quienes creen «que las leyes españolas atesoran toda la humana sabiduría, como pensaba del Alcoran, Omar, el turco incendiario de la biblioteca de Alejandria; y aferrados en esta creencia se queman las pestañas leyéndolas y buscando en sus maravillosos periodos los elementos de una legislación argentina» (5: 379). Claro está que se refiere a la *restauración de las leyes españolas coloniales*, como preconizaba Rosas.

En la segunda lectura preparada para el Salón Literario², Echeverría rechaza una aplicación mecánica de doctrinas económicas inadecuadas a la realidad del país. Reconoce la importancia de la industria para el progreso de las nacio-

nes, pero subraya que sólo las necesidades llevan a los miembros de una sociedad a ser industriales con el objeto de poder satisfacerlas. En esos tiempos que vivía el país, se generaron nuevas necesidades en sus habitantes, similares a las existentes en las naciones progresistas e industrializadas de Europa, pero sin tener los recursos indispensables para satisfacerlas. Faltaban capitales y brazos y Echeverría reclama la colaboración de los gobiernos para lograrlos.

Entretanto, propone, sería necesario ir aumentando el valor agregado a los productos agrícola ganaderos. Hasta el momento, la política económica se había ido fundando en los postulados de economistas europeos, sin indagar a fondo las condiciones del país, su industria, sus medios de producción.

Contra lo que suele ser un clisé aplicadamente repetido por gran parte de los escolias-tas de su obra, Echeverría es-

taba muy lejos de ser un «afrancesado» que deseaba aplicar al país pautas ajenas a su idiosincrasia:

«Ser grande en política —afirma en la «Ojeada Retrospectiva...»—, no es estar á la altura de la civilización del mundo, sino á la altura de las necesidades de su país» (4: 34-35)

Y

[p]ediremos luces a la inteligencia Europea, pero con ciertas condiciones. // El mundo de nuestra vida intelectual será á la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones, y el otro en las entrañas de nuestra sociedad. (4: 193-194).

La Europa romántica

Echeverría estuvo en Francia desde el 27 de febrero de 1826 hasta mayo de 1830. A la par de otros jóvenes de aproximadamente su misma edad, como Víctor Hugo, vivió un período de agudas modificaciones culturales y, como ellos, experimentó no solo el clima de época sino el influjo de los románticos alemanes e ingle-

ses, y, además, de franceses anteriores o contemporáneos. Su pensamiento, sin embargo, no es una mera respuesta a estos influjos. Se desarrolló de manera personal, estrechamente vinculado con su tierra y la situación sociohistórica y cultural de la Argentina (Curia, «Esteban Echeverría y Víctor Hugo...»). Incluso desde el mundo globalizado de hoy no resulta difícil comprender el carácter modélico que asumía la cultura europea para los países americanos. Europa, sinónimo de progreso, de civilización, era meta de las peregrinaciones de argentinos y otros latinoamericanos ávidos de conocer las novedades que conducirían a su tierra por la senda del progreso³. A la falta de acuerdo y de unidad entre los conciudadanos que denuncia reiteradamente Echeverría —cada uno se ocupa en «labrar para sí su pequeño mundo ideal ó su glorificación» (4: 336), como sigue ocurriendo en nuestro siglo XXI—, se agregaba lo que hoy denominaríamos un *colonialismo*

mental, cuya inveterada vigencia sigue haciéndonos devotos de cuanto «ismo» nace en lejanas tierras. Esto conducía, entonces igual que ahora, a tomar como propias las ideas europeas «sin pensar —apunta Echeverría— que no nos pertenecen, y que el labor lógico y normal de la inteligencia en Europa, es muy diferente del nuestro, de organización y emancipación progresiva» (4: 335).

En su carta a Alcalá Galiano, de 1847, Echeverría se diferencia claramente de Hugo cuando rechaza la teoría de *l'art pour l'art*, presente «hasta cierto punto en Víctor Hugo» (en su prólogo a *Los Orientales*) y la admite sólo en la medida en que se dé en países solidariamente constituidos, donde el ingenio busque lo nuevo por la esfera ilimitada de la especulación. Por el contrario, «nada progresiva» le parece esa teoría por parte de un poeta de la España revolucionaria que aspira exacerbadamente a su regeneración.

De donde se desprende, eligiendo el silogismo, que para la Argentina revolucionaria que busca su regeneración es inoperante la teoría del arte por el arte.

Echeverría advierte —y lo explicita en el capítulo VII del *Dogma*— que la Revolución de Mayo, fruto del espíritu moderno, se encuentra todavía obstaculizada por el antiguo régimen, por las costumbres y la legislación coloniales. Los dogmas han de reemplazarse por el ejercicio permanente de las facultades del hombre y los privilegios deben eliminarse para dar paso a la igualdad de todos los ciudadanos: «Como antes de Mayo no teníamos Patria, para saber lo que es la Patria era preciso retroceder a la tradición de Mayo, y tomarla como punto de partida».

Diagnostica un vicio en la sociedad argentina «que ha esterilizado los trabajos de la inteligencia entre nosotros» (4: 335) A la falta de acuerdo y de unidad —cada uno se ocupa en «labrar para sí su pequeño

mundo ideal o su glorificación»— se agrega lo que hoy denominaríamos el *colonialismo mental* que conduce a tomar como propias las ideas europeas «sin pensar que no nos pertenecen, y que la labor lógica y normal de la inteligencia en Europa, es muy diferente de la nuestra, de organización y emancipación progresiva».

Echeverría creyó sinceramente que el futuro no debía depender de un trasplante cultural.

La identidad en Apología del matambre

Toda la obra de Esteban Echeverría se encuentra teñida por su voluntad de crear una literatura propia y original, en una lengua castellana enriquecida por el uso americano, con temas provenientes de la realidad del país y con la finalidad de contribuir, trascendiendo lo estético y, como ya dijimos, a labrar el perfil de nuestra patria.

Publicada por primera vez en Buenos Aires por *El Reco-*

pilador de Buenos Aires, el 7 de mayo de 1836, y reproducida el 30 del mismo mes en *El Republicano* de Montevideo (Verdevoye 2002, 181), la «Apología del matambre» es recogida por Gutiérrez en su edición de las obras de Echeverría (5: 200-208), con el subtítulo «Cuadro de costumbres argentinas». Quizá sea ésta una de las páginas más peculiares de Esteban Echeverría. Y la afirmación no obedece a razones adjetivas sino a una sustantividad reveladora de su espíritu multifacético⁴.

En el matambre, manjar de neto origen argentino (piénsese que todavía hoy, aunque sigue siendo un manjar predilecto en las mesas locales, no se incluye entre las carnes de exportación), condensa Echeverría varios rasgos de lo que podría llamarse *nuestra identidad*.

El título, con sus términos contradictorios, delata la clave irónica del texto. 'Apología' remite a un registro de habla culta y letrada, a la par que

asigna al discurso una altura que parece inapropiada para referirse a la prosaica nutrición.

Propone de entrada dos ideas relevantes. La primera, la identidad lingüística. La segunda, el carácter distintivo de los tipos humanos característicos de su país:

Un extranjero que ignorando absolutamente el castellano oyese por primera vez pronunciar, con el énfasis que inspira el hambre, á un gaucho que va ayuno y de camino, la palabra *matambre*, diría para sí muy satisfecho de haber acertado: este será el nombre de alguna persona ilustre, ó cuando menos el de algun rico hacendado (200).

La generación del 37 creyó imperioso lograr una independencia literaria y lingüística acorde con la independencia política nacida en Mayo de 1810 y proclamada en 1816. La empresa fue asumida de modo diverso por cada uno de sus integrantes. Así lo demuestran, para mencionar dos casos extremos, la incorporación de Juan Bautista Alberdi a la

Real Academia Española y el rechazo del diploma de miembro de la misma entidad por parte de Juan María Gutiérrez⁵.

Echeverría supo apreciar la hermosa lengua que heredó América de España, «la lengua meridional mas sonora y variada en inflecciones silábicas» («Estilo, lenguaje, ritmo, método expositivo», 5: 115-121, 120), e indujo a aplicarla «al cultivo de todo linaje de conocimientos; á trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adulterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos» (118). En la primera edición de sus *Rimas* la siguiente aclaración trasunta un programa estético que abarca, desde la concepción de la obra hasta su recepción, el conjunto del hecho literario. Resulta claro el papel fundamental desempeñado por el léxico: Se ha creído necesaria la explicación de algunas voces provinciales, por si llega este libro á manos de algun ex-

trangero poco familiarizado con nuestras cosas. Se omite la de otras, cuya inteligencia es obvia, que el autor ha utilizado intencionalmente para colorir con mas propiedad sus cuadros, como, *caballo parejero*, por caballo de carrera; *beberaje* por borrachera; *bañado* por campo anegado; *parar la oreja* el caballo, por moverla erguida en señal de sobresalto &c. &c.

Como el mismo Echeverría ha apuntado en su «Advertencia», «De intento usa á menudo de locuciones vulgares y nombra a las cosas por su nombre» (*ibid.*, v)⁶.

El cuidado con que usa y adapta la lengua castellana para no alterar su fondo se advierte en la «Apología del matambre» cuando subraya el término '*extrangis*'. Se trata de un vocablo no incorporado al Diccionario académico hasta 1889, en la locución familiar 'de extranjis'. Echeverría lo resalta como si quisiera destacar el carácter poco ortodoxo de la palabra, su uso ex-

clusivamente familiar, no adecuado a la lengua escrita española.

En cambio 'matambre', voz argentina, no se subraya, como si de este modo estuviera legitimando su inclusión. Me permito recordar que 'matambre' se define hoy en el *Diccionario de la Lengua Española* como sigue: «De *matar* y *hambre*. // 1. m. *Argent.* Capa de carne y grasa que se saca de entre el cuero y el costillar de los animales vacunos. // 2. [m.] *Argent.* Fiambre hecho por lo común con esa capa de carne, rellena y adobada». Parece una verdad de perogrullo. Sin embargo, 'matambre' no aparece en el Diccionario académico con esta acepción hasta 1959. Con la grafía 'matahambre' puede encontrárselo no antes de la edición de 1936 (p. 826, col. 1). Esto revela cuán alejado del universo lingüístico español peninsular se encontraba nuestro matambre.

La conciencia de la peculiaridad de los habitantes del país se manifiesta en la elección del *gaucho* como persona

je intransferiblemente argentino, capaz —especialmente si está hambriento— de valorar en todas sus connotaciones el argentino vocablo 'matambre' con que se nombra el argentino y predilecto manjar. Sirva como indicio de la particularidad rioplatense del gaucho el hecho de que el diccionario de la Academia no haya registrado el vocablo 'gaucho' —con el sentido de habitante de nuestros campo— hasta su edición de 1852 (p. 346, col. 2). Estos excursos lingüísticos me parecen indispensables en la medida en que resulta fácil, pasadas casi dos centurias, perder la perspectiva.

Al *extranjero* contrapone un *nosotros* que abarca a todos los nativos de estas tierras, «acostumbrados desde niños á verlo andar de boca en boca, á chuparlo cuando de teta, á saborearlo cuando mas grandes, a desmenuzarlo y tragarlo cuando adultos», que saben «quien es, cuales son sus nutritivas virtudes y el brillante papel que en nuestras mesas representa». A través de es-

tas frases da noción de la textura del matambre, implícita en el modo en que cada uno, según su edad, puede comerlo.

En la «Apología del matambre» advertimos, más que un mero *cuadro de costumbres argentinas*—subtítulo agregado por Juan María Gutiérrez—, un estilo que le permite a Echeverría sugerir mucho más de lo que dice. Se descubre la profundidad de sus intenciones gracias a la transparencia de su discurso.

Por empezar, el contrapunto entre *argentino* y *extranjero*, cuyas diferencias son sólo metáforas de distintos sistemas de valores (Cf. Hamon 115) establecidas desde la seguridad de un sistema axiológico compartido con el público, constituye la pista para descubrir que el texto está escrito en clave irónica. La «nombradía» del matambre es grande, sostiene el yo discursivo, pero «no tan ruidosa» como la de aquellos que «haciendo gemir la huma[n]idad, se estiende[n] con el estrépito de

las armas, o se propaga[n] por medio de la prensa ó de las mil bocas de la opinion» (201). Por el contrario, el teatro de sus proezas «son los estómagos anchos y fuertes [...] y cada diente sincero apologista de su blandura y generoso carácter». El circunloquio no obsta para que en realidad lance por elevación sus púas contra todas las formas de opresión y, concretamente, si se tiene en cuenta el contexto, contra el rosismo y sus propagandistas. Tiene en la mira especialmente al napolitano Pedro de Ángelis, voz periodística de Rosas.

Con ironía, declara ser incapaz de enfrentar más *arduas y graves tareas* y prefiere *ser el órgano de modestas apolo- gías* a escribir la biografía de *varones ilustres*. Como tal, «trasmitir si es posible á la mas remota posteridad, los histórico-verídicos encomios que sin cesar hace cada quijada masticando, cada diente cru- giendo, cada paladar saboreando, el jugoso é ilustrísimo matambre» (*id.*). Se advierte

que el humor de Echeverría disfruta con el contraste de tonos, surgido de palabras distinguidas en contexto vulgar. La pretendida diferenciación de géneros prestigiosos y su «modesto» texto recuerda párrafos como el que encabeza «El Matadero»: «A pesar de que la mía es historia, no la empezaré [...] como acostumbraban hacerlo los antiguos historia- dores españoles de América, que deben ser nuestros proto- tipos» («El Matadero» 5: 208-242, 208).

Personificando al *matam- bre*, proclama con zumbona arrogancia la superioridad del criollo manjar sobre los platos preferidos por los «de extran- jis»:

porteño en todo, ante todo y por todo, quisiera ver conocidas y men- tadas nuestras cosas allende los mares, y que no nos vengan los de *extrangis* echando en cara nuestro poco gusto en el arte culinario, y ensalzando á vista y paciencia nues- tra los indigestos y empalagosos manjares que brinda sin cesar la gastronomía á su estragado apeti- to: y esta ráfaga también de espíri-

tu nacional, me mueve á ocurrir á la comadrona intelectual, á la prensa, para que me ayude á parir si es posible sin el auxilio del *forceps*, este mas que discurso apologético.

Griten en buenhora cuanto quieran los taciturnos Ingleses, *roast-beef*, *plum pud[d]ding*; chillen los Italianos, *maccaroni*, y váyanse quedando tan delgados como una I ó la aguja de una torre gótica. Vorceen los franceses *omelette soufflée*, *omelette au sucre*, omelette au diable; digan los españoles con sorna, *chorizos*, *olla podrida*, y mas podrida y rancia que su ilustracion secular. Griten en buena hora todos juntos, que nosotros, apretándonos los flancos soltaremos zumbando el palabron, *matambre*, y taparemos de cabo á rabo su descomedida boca.

Tras lo que ofrece una lectura recta, puede aprehenderse oblicuamente una valoración de la cultura nacional, un deseo de que trascienda las fronteras y sea reconocida, un repudio a la aplicación sin más en el país de lo que no ha surgido genuinamente de nuestra realidad. Subyace en toda la escritura de Echeverría, como se ha visto, la necesidad de crear una sociedad

democrática que continúe el pensamiento anticolonial de la Revolución de Mayo. Incluso lo que socarronamente denomina su deseo de ser *el órgano de modestas apologías*, da lugar a un texto cuya lectura nos va revelando su designio de contribuir al nacimiento de una cultura nacional. De ahí que sea capaz de agregar al menú internacional el muy criollo *matambre*.

El estereotipo se sitúa con frecuencia en el campo del epíteto, de la adjetivación (Pageaux 108), y evidentemente modela el comentario que Echeverría agrega con referencia a cada pueblo y su cocina típica, pero interesa más que nada advertir cómo, situando al argentino frente a un *otro*, en esa alteridad lo define. Los adjetivos aplicados a la comida española subrayan la voluntad de independizarse de todo colonialismo y su oposición al Antiguo Régimen, pero no indican un rechazo en bloque de lo español y menos de su literatura. De su admisión por muchas obras de la

literatura ibérica y de la frecuentación que de esos textos hacía dan testimonio numerosos escritos del autor de *la Cautiva*. No resulta menos evidente en ellos su entusiasmo por la España revolucionaria.

El texto es rico y coloquial, con matices orales bien señalados por Knowlton y por Verdevoye. «¿Qué diccionario, qué léxico —se pregunta este último— registraba entonces ese tipo de palabras? Ninguno. ¿No podríamos, pues, argüir que, al usarlas, Echeverría fue uno de los que introdujeron voces del vocabulario campesino (oral) en la literatura culta?» (Verdevoye 1997, 7).

A medida que el lector va recorriendo estas páginas descubre que, a pesar de su personalidad poliédrica, se trata siempre de nuestro Esteban Echeverría. El mismo que fue autor de textos fundacionales de nuestra cultura, como el *Dogma Socialista*, *La Cautiva*, *El Matadero*, aunque muchos otros no tan difundidos, como esta *Apología del matambre*, podrían reclamar para sí el ca-

lificativo y ampliamente justifican su carácter de precursor.

Con matambre, afirma, se nutrieron «los pechos varoniles» de quienes «escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres entre el ruido de los torrentes y el rugido de las tempestades, con hierro ensangrentado escribieron: *independencia, libertad*» (203). Este párrafo resulta clave para confirmar que la «Apología del matambre» dista de ser una *modesta apología* y, por el contrario, responde a los objetivos estéticos y sociales del autor. Como apunta Paul Verdevoye, la *Apología...* «ilustra una de las intenciones esenciales de Echeverría que aconsejaba la creación de una literatura inspirada en temas locales» (Verdevoye 2001, 181).

Pero también torna manifiesta, cabe agregar, la voluntad de enraizar su presente en la memoria.

Esteban Echeverría está lejos de proclamar un aislamiento suicida y menos un nacionalismo xenófobo. Dicho con sus propias palabras:

«El mundo de nuestra vida intelectual será a la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones, y el otro en las entrañas de nuestra sociedad» (*Dogma Socialista* 4: 1-204, 194-195).

Y en la «Advertencia» a las *Rimas*:

«El Desierto es nuestro, es nuestro mas pingüe patrimonio y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional» («Advertencia» 5: 143-149, 144).

Nada fue igual en estas tierras después de Echeverría, quien ya en 1844 reivindicaba para sí con toda justicia el mérito de haber introducido nuevas ideas políticas y estéticas, de haber fundado la Asociación de Mayo, de ser portaestandarte de la democracia, organizador y renovador social:

¿De qué cabeza salieron casi todas las ideas nuevas de iniciativa, tanto en literatura como en política, que han fermentado en las jóve-

nes inteligencias argentinas desde el año treinta y uno en adelante? [...] ¿Quién a mediados del treinta y ocho promovió una asociación de las jóvenes capacidades argentinas y levantó primero en el Plata la bandera revolucionaria de la democracia, explicando y desentrañando su espíritu? ¿Quién antes que yo rehabilitó y proclamó las olvidadas tradiciones de la revolución de Mayo? ¿Quién trabajó el único programa de organización y renovación social que se haya concebido entre nosotros? (Carta datada en Montevideo, el 6 de abril de 1844, y dirigida Melchor Pacheco y Obes. Fue incluida en el *Epistolario del siglo XIX* 103-108.)

Bibliografía

Arrieta, Rafael A., *La literatura argentina y sus vínculos con España*. Bs. As, Librería y Edit. Uruguay, 1980.

Hamon, Philippe, *L'Ironie littéraire: Essai sur les formes de l'écriture oblique*. Paris, Hachette, 1996.

Ballart, Pere, *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*. Barcelona, Quaderns Crema, 1994.

Curia, Beatriz, «Contribuciones de Esteban Echeverría a la lexicografía argentina. Homenaje en el sesquicentenario de su muerte

(1851-2001)». En *Palabra y Persona*, núm. 8, *El lenguaje de los argentinos*. Buenos Aires, Centro Argentino del P.E.N. Internacional, 2001. Pp. 122-133.

_____. *Múdenos tan triste suerte. Sobre el «Romance» de Luis de Miranda*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras, U.N.C./CADEI, 1987.

_____. «Nosotros y los de extranjería. La identidad como programa. Homenaje a Esteban Echeverría en el bicentenario de su nacimiento (1805-2005)». En *Revista de Literaturas Modernas* 36. En prensa.

Diccionario de la lengua española. Madrid, Real Academia Española, 1992. También versiones online de los demás diccionarios editados por la Academia, desde el siglo XVIII en adelante.

Diccionario del Habla de los Argentinos. Editado por la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires, Espasa, 2003.

Echeverría, Esteban, *Obras completas de D. [...]* [Edición de Juan María Gutiérrez]. Buenos Aires, Carlos Casavalle, 1870-1874. 5 v.

Echeverría, Esteban, *Rimas de [...]* Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1837.

Isaacson, José, *Antropología literaria*. Bs. As., Marymar, 1982.

Katra, William M., *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*. Trad. de María Teresa La Valle. Bs. As., Emecé, 2000.

Knowlton, Edgar C. (Jr.), *Echeverría*. Bryn Mawr, Pennsylvania, Dorrance & Company, Inc., c. 1986.

Pageaux, Daniel-Henri, «De la imaginaria cultural al imaginario». En Brunel, Pierre, y Chevrel, Yves [dir.].

Compendio de literatura comparada. México, Siglo XXI, 1994. pp. 101-130.

Palcos, Alberto, Nota introductoria en: Esteban Echeverría, *Páginas literarias, Una estética romántica*. Prólogo de Arturo Capdevila y apéndice de Juan María Gutiérrez. Bs. As, Imprenta Mercatali, s.f. Pp. II-III. (Colección Grandes Escritores Argentinos).

Pupo-Walker, Enrique, «Originalidad y composición de un texto romántico: *El Matadero*, de Esteban Echeverría». En *El cuento hispanoamericano ante la crítica*. Dirección y prólogo de Enrique Pupo-Walker. Madrid, Castalia, 1973. Pp. 37-49.

Epistolario del siglo XIX, preparado por Adolfo de Obieta, Fermín Estrella Gutiérrez y Adela Grondona. Buenos Aires, SADE, 1967.

Varela, Juan Cruz, *Poesías*. Estudio preliminar de Manuel Mujica Láinez. Bs. As., Estrada, 1943.

Verdevoye, Paul, *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994.

———. *Literatura argentina e idiosincrasia*. Edición y prólogo de José Isaacson y Beatriz Curia. Buenos Aires, Corregidor, 2002.

———. «Oralidad e historia en la literatura: dos preocupaciones de Echeverría y Mitre». En *Palabra y Persona*, año I, n.º 2. Bs. As., Centro Argentino del P.E.N. Internacional, octubre de 1997. Pp. 5-13.

Aunque existía ya en la sociedad rioplatense un terreno propicio, abonado por diversos aportes de las generaciones anteriores y por inmigrantes de distintas nacionalidades —en especial bonapartistas franceses exiliados—, Echeverría fue la cabeza de la generación del 37, renovó profundamente nuestra literatura y sentó los principios sobre los cuales Alberdi escribiría sus *Bases*, se construiría el sólido edificio de la Constitución Nacional de 1853, se emprendería la educación popular, se generarían los emprendimientos transformadores de los hombres del 80 y sería posible una exultante celebración del Centenario.

La falta de cohesión entre los argentinos y el desprecio de la memo-

ria colectiva llevaron luego a una centuria signada por fracasos y enfrentamientos, por el individualismo, por el desprecio a la Constitución, por la destrucción del sistema educativo, por el debilitamiento de las instituciones, por la masificación globalizadora.

Ojalá podamos enderezar el rumbo y llegar al bicentenario de la Revolución de Mayo integrados al mundo y sin perder la conciencia de la propia identidad. Para ello será preciso, sin lugar a dudas, no dejar de lado la memoria.

Dicho con palabras de Echeverría: [...] es indispensable, para que [las nuevas generaciones] puedan marchar con paso firme y resuelto á la conquista de los grandes destinos de la revolución [de Mayo], enseñarles —*de dónde vienen, dónde están, y hacia que punto deben encaminarse* (336, las cursivas son mías. *Manual de enseñanza moral*. Montevideo, octubre de 1844).

Notas

¹ Respeto la grafía de los originales en la transcripción de los textos.

² No hay certeza de que haya pronunciado esta disertación, aunque se conserva el texto redactado con tal objeto.

³ Refiriéndose a Miguel Cané (p.), relata Magariños Cervantes en su *Biblioteca Americana* que «Ese viage

[a Francia, iniciado en agosto de 1847] fue para Cané la realización de sus intuiciones de civilización, y le sirvió para educar sus sentidos en el arte estéticamente y para ensanchar su inteligencia (Magariños 20).

⁴ Para el desarrollo de este punto tomo como base mi artículo «Nosotros y los *de extranjis*».

⁵ Cf., entre la bibliografía que aborda focal o colateralmente el tema, Arrieta, Weinberg.

⁶ Me he ocupado *in extenso* de este punto en Curia 2001, Félix Weinberg. *El Salón Literario de 1837*; Con escritos de M. Sastre · J. B. Alberdi · J. M. Gutiérrez · E. Echeverría, 2 e., Buenos Aires, Hachette, 1977.